

FILMS DE AMOR



25
cts

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sociedad Gen. Española de Librería - Barberá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VIII

APARECE LOS NIEVES

NÚM. 332

HOTEL DE ESTUDIANTES

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por la notable artista

LISETTE LAURIN

Narración de HARRY BALTYMORE

Exclusivas MEYLER FILMS

PROVENZA 231 - BARCELONA

INTÉPRETES:

Odette LISETTE LAURIN
Jaime Raymon Gall

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



PRIMERA PARTE

Pasaron aquellos tiempos en los que los estudiantes habitaban las buhardillas del Barrio Latino de París, y pasaron también aquellos tiempos en los que los futuros doctores y hombres de ciencias distraían sus horas entre los estudios y las preocupaciones que implicaba el buscar los medios de poder pagar sus hospedajes.

Hoy en día ya no son aquellas preocupaciones las que les preocupan, pero siguen siendo la misma juventud apasionada, alegre y divertida, que el tiempo podrá muy bien acabar con los costumbres, pero no con las leyes propias de la Naturaleza.

Y en aquel Barrio Latino tan cantado por poetas y posistas, siguen instalados los refugios de los estudiantes parisinos, pero convertidos en la actualidad en confortables fondas y casas de huéspedes a las que se les ha dado el nombre de Hoteles de Estudiantes.

En uno de estos hoteles, dos estudiantes, ín-

timos amigos, llamados Maximino y Jaime, hablaban apasionadamente de cierta muchacha desconocida, a quien habían visto en algunas ocasiones.

Jaime era hijo de una familia rica, muchacho voluntarioso, inconsciente la mayor parte de las veces de sus actos y para quien un capricho suyo no reconocía límites hasta conseguirlo. Tenía un raro concepto formado de la vida y creía que en ella solamente había dos cosas de importancia. La primera divertirse y la segunda los exámenes.

Maximino, por el contrario, era un muchacho parado, uno de esos jóvenes que por rara casualidad comprenden que la vida no es solamente alegría, y estos dos caracteres tan distintos, tan opuestos, encontraban el uno en el otro la debida compensación para buscarse y estar siempre juntos.

Seguían animadamente hablando de la muchacha en cuestión y Maximino le decía:

—Pero, ¿tú sabes quién es ella?

—No sé nada de ella—le respondió su amigo—. Lo único que sé es que hace ocho días que le voy detrás.

—¿Sabes dónde vive por lo menos?—volvió a preguntarle Maximino.

—Varias veces la he visto salir de la Sorbone, pero luego la he perdido, sin poder averiguar su domicilio.

Jaime se echó a reir y exclamó alegramente, como burlándose de su amigo:

—A mí no me pasará eso... Ya verás como yo no la perderé el día que la encuentre.

Y en efecto, desde aquel día los dos amigos se pusieron en plan de dar con el domicilio de la bella desconocida, hasta que finalmente consiguieron saber que vivía en una casa de huéspedes, próxima a la que ellos habitaban. Inmediatamente de saberlo, decidieron cambiar de domicilio e ir a instalarse en la misma casa que ella, por lo que acudieron a la dueña y, sin dar a entender el motivo que los guiaba a solicitar hospedaje, le preguntaron:

—¿Tiene usted algunos cuartos libres? Necesitamos dos.

—Tengo los cuartos que a ustedes les convienen—le respondió la patrona cariñosamente—. ¿Es por mucho tiempo?

—Quizás sí—respondió Maximino.

—Pero deseamos estar arriba—le dijo Jaime—. Nos gustan las alturas para respirar mejor.

—Precisamente—contestó la patrona—me quedan tres cuartos en el cuarto piso... El 41, 43 y 47.

—¿Y el 45?—preguntó Jaime, presintiendo que aquel cuarto sería el que estaba ocupado por la muchacha.

—El 45 está ocupado—respondió la patrona—

na—, pero les advierto que todos los cuartos son iguales.

Jaime hizo como que pensaba durante unos segundos las conveniencias que podía ofrecerle la habitación y terminó diciéndole a la patrona:

—El 43 y el 47 nos convendría.

—Pero ya les advierto que no están juntos... los separa el 45. Si se quedan con el 41 y el 43 podrán estar más cerca el uno del otro.

Ante el razonamiento que la patrona les daba, Jaime, sin encontrar otra excusa mejor, se apresuró a decirle:

—Es que mi amigo tiene preferencia por el número 47. Dice que es un número que le da suerte y por eso lo queremos.

—Pues no hay inconveniente—terminó diciendo la patrona—. ¿Cuándo piensan ocuparlos?

—Esta misma noche—respondió Jaime—. Nos vamos a mudar inmediatamente.

La patrona llamó a un criado y cuando éste se presentó, le dijo:

—Esteban, enséñales a los señoritos los cuartos números 43 y 47.

Siguieron al criado y al llegar al piso cuarto Esteban llamó a una muchacha y le dijo, indicándole a los dos estudiantes:

—Teresa, instala a estos señores en el 43 y 47; yo tengo que hacer abajo.

Entraron los dos estudiantes y después de inspeccionar los cuartos le dijeron a la muchacha:

—No están mal... Son unos cuartos muy bonitos... El 45 está ocupado, ¿verdad?

—Sí, señor—respondió la muchacha.

—¿Y por quién?—preguntó Maximino.

—Por una señorita—respondió la muchacha.

—¿Y cómo se llama?—interrogó precipitadamente Maximino—, ¿qué edad tiene?... ¿Qué hace?

Teresa, sin sospechar las intenciones de los dos estudiantes, les confió cuanto sabía, diciéndoles:

—Se llama Odette... tiene 18 años y es estudiante... Es una muchacha muy seria que no admite bromas de nadie.

—Mejor que mejor—respondió Jaime—. ¿Y hace mucho tiempo que vive aquí esa señorita Odette?

—Hace unas semanas, nada más—respondió Teresa.

Los dos muchachos empezaron a preparar sus cosas y poco después se vistieron para esperar a la muchacha que tanto interés había despertado en ellos.

SEGUNDA PARTE

Durante bastante rato los dos muchachos esperaron ver salir a Odette, hasta que finalmente apareció ésta en la calle y los dos jóvenes la siguieron cautelosamente. La vieron entrar en un cine del centro de la capital y se precipitaron a la taquilla para adquirir las localidades.

—¿Qué localidad tomamos?—le preguntó Maximino a su compañero.

—Toma de las más caras—le dijo el otro. Maximino dudó un instante y al fin le dijo a su compañero:

—¿Crees tú que ella habrá tomado localidad de quince francos?

—¿Acaso te crees que estará sola?—le respondió riendo Jaime—. Sin duda que a dentro la esperará su amigo.

Maximino sintió que su amigo se expresara de aquella forma y se lo recriminó diciéndole:

—No debes hablar así de una persona a quien no conoces... ¿Qué sabes tú de la vida de esta muchacha?



Durante bastante rato los dos muchachos esperaron ver salir a la joven.

Jaimé se echó a reir de la seriedad del otro y exclamó:

—¿Será que estás verdaderamente enamorado de ella?

—Lo siento, pero no tengo más que dos copas.

—No importa—exclamó Jaime, que a todo encontraba solución—; yo lo tomáré en una taza, como los americanos.

—¿Ha estado usted en América?—preguntó ella interesada.

—Nunca—respondió Jaime—, pero tengo la seguridad de que iré.

—Lo mismo me pasa a mí—intervino Maximino—, no sé por qué, pero tenga la convicción de que iré a América.

Bebieron alegramente y Jaime, que llevaba toda la conversación, inició el ataque, para saber a qué tenerse y le preguntó a la muchacha:

—¿Debe ser muy fastidioso el empleo de acomodadora?... ¿Cuánto gana usted?

—Veinte francos diarios.

—¿Y por tan pequeña cantidad trabaja usted casi toda la noche?—preguntó otra vez Jaime.

—No hay más remedio—respondió con tristeza Odette—. Antes no hubiera tenido que trabajar, pero al quedar sola en el mundo, me he visto obligada a ello, si es que quería terminar mi carrera.

—¿Y qué estudia usted?—preguntó Maximino.

—Me preparo para abogado...

—Yo también—exclamó con alegría Ma-



OSS

...Odette, sintiendo sobre su rostro, el fuego de aquella mirada...

ximino—. Cuánto me alegra que hayamos coincidido en los estudios.

—¿Y usted, qué estudia?—preguntó Odette a Jaime.

—Yo estudio..., pues la verdad, ahora me he olvidado lo que estudio, pero descuide, que estudiaré cuánto sea preciso.

—Estudia ciencias — le explicó Maximino—. Precisamente dentro de pocos días empiezan sus exámenes.

—¿Iba usted a examinarse, y está tan tranquilo, sin prepararse para ellos?—preguntó extrañada la joven.

—No me preocupan—respondió Jaime—. Ahora tengo algo mucho más importante de que ocuparme.

Y la miró de tal forma, que Odette, sintiendo sobre su rostro el fuego de aquella mirada, bajó la vista al suelo, sin atreverse a mirarlo frente a frente.

Pasaron varios días y aquella amistad que de una forma tan impensada había nacido en ellos fué acentuándose cada vez más. Pero lo que Maximino ganaba en la amistad de la joven, lo ganaba también Jaime en su amor.

La timidez del primero no había dado lugar a Odette para que advirtiera el sincero y puro amor que sentía por ella, mientras que la verbosidad y la decisión de Jaime habían indicado cuál era el sentimiento que el joven experimentaba hacia ella.

... Sin la menor reserva, Odette se dejó ganar por aquel amor que Jaime había sabido despertar en su corazón, sin darse cuenta de que el carácter frívolo del muchacho no era el que podía ofrecerle más garantía.

A los 18 años, el corazón es poco reflexivo y por lo mismo el de Odette no presintió que aquel amor que florecía en él podía ser causa



Los tres fueron buenos amigos.

del dolor más grande de su vida. Sentíase dichosa en aquellos momentos considerándose amada por Jaime y con la nobleza propia de un alma ajena a dobleces de ninguna clase le confesó al muchacho su enamoramiento.

No obstante, jamás salieron solos, sin que los acompañase Maximino, quien con gran pesar veía que su compañero salía victorioso de aquella batalla, comprendía que Jaime era el preferido de Odette y que él solamente

representaba en la vida de la muchacha lo que puede ser un buen amigo con el que no se tiene secretos y en cuya lealtad se fía.

Muchos domingos aprovechaban los tres las vacaciones del día para ir al campo y una de estas fiestas se dirigieron a la isla de Varenne.

Maximino, para no estorbar el idilio de los dos enamorados, fingió no querer ir hasta la isla y los dejó a los dos solos.

Jaime y Odette se embarcaron y seguidos después se hallaban en aquella pequeña isla, cuya belleza sólo era comparable con lo que debió ser el antiguo paraíso. La exuberante belleza que los rodeaba, el ambiente tan impregnado de poesía, la soledad en que se encontraban, todo en fin, enervaba sus corazones y les hacía desear era proximidad propia de los seres que se aman.

Jaime la cogió por una mano y fijándose en un lunar que tenía la joven en el rostro le dijo:

—¿Qué es eso?

—Un lunar—respondió ella sonriendo.

Jaime la atrajo hacia él y la besó apasionadamente, diciéndole después:

—Besar un lunar trae buena suerte.

Odette no se resistió a la caricia de su novio y éste volvió de nuevo a besarla y a estrecharla en sus brazos.

Y la juventud, que era fuego en sus corazones, sin conciencia de lo que hacían, rindió tributo a aquellos amores, entregándose mutuamente con todo el fuego de la pasión que los consumía.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en
**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

Precio
UNA pa.

TERCERA PARTE

Fué pasando el tiempo y a medida que aquella pasión se iba haciendo cada vez más fuerte en el corazón de la joven, iba siendo a su vez más apaciguada en Jaime. Bastó poco para que olvidase el enorme sacrificio que había hecho Odette y nuevamente la alegría de las fiestas con sus amigos y compañeros embargaron la atención de Jaime, sin preocuparse, ni advertir el íntimo sufrimiento de la muchacha que tanta confianza había puesto en él.

Su inconsciencia, no su maldad, le hacía ser de aquella manera y no daba importancia a las súplicas de Odette, que cada vez sentía más alejado de su lado al hombre a quien había entregado su corazón y su honor.

Pero llegaron los exámenes y Jaime obtuvo una brillante calificación, la cual quiso celebrar con sus compañeros y antiguas conocidas en uno de los alegres establecimientos del Barrio Latino.

Odette se negó a ir a aquella fiesta. Una

preocupación íntima, una preocupación dolorosa era lo que en aquellos momentos la atormentaban. El facultativo a quien había ido a consultar le había asegurado que dentro de poco sería madre. Y fué precisamente aquel día, cuando Jaime celebraba su triunfo, cuando la desgraciada muchacha se enteró del drama que se cernía sobre su vida.

—Encerrada en su cuarto lloraba amargamente, cuando entró Teresa y al verla en aquel estado le preguntó:

—¿No va usted a donde están celebrando la fiesta por los exámenes del señorito Jaime?

—No—respondió secamente la muchacha.

La criada se la quedó mirando extrañada y al fin le preguntó:

—¿Se ha peleado usted con él?

—Es que estoy muy cansada—exclamó Odette, para que la dejara tranquila—. No me encuentro bien.

—Y por qué no se acuesta?

—Porque tampoco podría dormir—respondió Odette.

Teresa se la quedó mirando fijamente y moviendo significativamente la cabeza le dijo:

—Creo adivinar lo que le pasa, señorita.

—¿Usted?—preguntó asustada Odette, temiendo que la joven hubiera podido adivinar su estado.



—Creo adivinar lo que le pasa, señorita.

—Claro que sí. Yo también sentí lo mismo que usted. Yo también di crédito a las palabras de un hombre y me pasó lo mismo... ¡Cuánto tiempo hace que está usted así?

—Tres meses—respondió la joven bajando la vista al suelo avergonzada, al mismo tiempo que de sus ojos se desprendía una lágrima de dolor.

Teresa trató de consolarla y le dijo:

—No se apene. A mí me pasó también lo

mismo, pero cuando tuve a mi hija, todo se me pasó y ahora me considero la persona más feliz del mundo. Ya tiene dos años... Su padre era viajante y ni siquiera la conoce, pero yo, en cambio, cuando voy a donde está ella, y la oigo llamar me mamá, no cambiaría mi dicha de ese instante por nada del mundo.

En aquel momento un camarero del café donde estaban los jóvenes llamó a la puerta y le dijo a Odette.

—Señorita, vengo de parte del señorito Jaime, para rogarle que vaya usted a donde están ellos en seguida.

—Ya le he dicho que no iré—respondió Odette.

—No haga usted eso—exclamó Teresa—. Debe usted ir. Debe usted decirle todo lo que le pasa... El es bueno y no la abandonará.

Odette siguió el consejo de Teresa y acompañó al camarero a donde estaban divirtiéndose los otros amigos de Jaime. Este, al verla corrió a su encuentro y le dijo, molesto por su tardanza:

—¿Cuánto tiempo has tardado en decírte?

—Bien sabes que te dije que no quería venir—respondió Odette—. Si he venido es porque tenemos que hablar seriamente.

—¿De qué se trata? — preguntó Jaime,

quien demostraba no estar muy en su juicio por el exceso de bebida.

—Aquí, no — respondió la muchacha—. Vámonos a donde no haya nadie.

—¿Estás loca?—exclamó Jaime—. ¿Quieres que nos vayamos en plena fiesta?

Uno de los que se hallabn allí se acercó entonces a donde estaba Odette y aprovechando el momento en que Jaime había sido llamado por una muchacha, le dijo a aquélla:

—¿Quiere usted que bailemos?

—Yo no bailo—respondió la muchacha.

El otro, sin darse cuenta de lo que hacía, cogió casi a la fuerza a Odette y le dió un beso. La contestó de la muchacha fué una tremenda bofetada, que hizo casi tambalearse al impertinente que de aquella forma la molestaba.

Se armó un pequeño alboroto y Jaime acudió a donde estaba su novia, y al enterarse de que Odette había abofetead un amigo suyo, le dijo enérgicamente:

—Te prohíbo que descargues tu continuo mal humor sobre mis amigos.

—Es que me ha besado — respondió humildemente la joven.

—¿Qué importa eso? — respondió con una despreocupación dolorosa Jaime—. ¿Acaso no estamos aquí para divertirnos?

Maximino presenciaba lo que sucedía y advertía que una ola de indignación le su-

bía al rostro, ante la conducta de su amigo. El, que hubiera dado cuanto poseía y cuanto hubiera sido preciso por el amor de Odette, no podía presenciar con tranquilidad aquella escena que resultaba bochornosa.

Una de las muchachas que estaban en la fiesta, se quedó mirando airadamente a Odette y le dijo despectivamente:

—¡Por quién te tomas, querida?... ¡Vaya los humos que tiene la niña!

Jaime siguió regañando a su novia y le dijo de nuevo:

—Te advierto que aquí no estamos en provincias... Hay que ponerse a tono, te guste o no, y debes pensar que los amigos son antes que nada.

—¡Bravo por Jaime! — gritaron todos al ver la defensa que hacía de ellos el estudiante.

—Hay que formar inmediatamente un tribunal que la juzgue.

La idea fué acogida con general aplauso, mientras que Odette miraba dolorosamente a Jaime, pensando en la locura que había cometido confiándose a aquel hombre y creyendo en el amor que le había jurado.

Una vez formado el tribunal Odette fué condenada a tener que dejarse abrazar por cuantos estaban allí, pero antes de que pudiera cumplirse la sentencia, Maximino salió en defensa de la joven y detuvo a todos sus compañeros diciéndoles:

—¡Quietos todos! ¡El que toque a esta joven se las tendrá que ver conmigo!

Jaime quedó parado ante aquella imprevista defensa y le preguntó a su amigo:

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—Claro que lo sé — respondió éste —. Se necesita ser un cobarde como tú, para consentir esto.

—Yo seré un cobarde, según tú — respondió despectivamente Jaime —, pero tú eres un imbécil que no sabe estar entre compañeros.

—Me importa poco tus apreciaciones — terminó diciéndole Maximino, al mismo tiempo que cogía por un brazo a Odette y le decía:

—Vámonos de aquí, Odette... Usted no debe estar entre esta gente.

La sacó del café y se la llevó a su casa, donde la joven dió rienda suelta a su dolor, hasta que por fin Maximino le preguntó:

—¿Le quiere todavía, Odette?

—No — respondió energicamente la joven —. Lo que ha hecho esta noche conmigo, no lo hubiera creído nunca, porque Jaime, en el fondo no es malo.

Maximino sonrió comprensivo y le dijo:

—¿Me parece que no está usted muy segura de no quererlo?

Pero Odette, dejándose llevar por la indignación del momento, le respondió:

—Claro que lo estoy... ¡No quiero volverlo a ver más en mi vida!

—Acaso mañana, cuando haya usted reflexionado, piense de distinto modo — volvió a decirle Maximino, que empezaba a ver un resquicio de esperanza, para el inmenso amor que profesaba a la joven.

—Ni mañana, ni nunca—respondió Odette.

Maximino esperó a que se placara un poco la nerviosidad de Odette y le dijo al fin:

—Odette, ya que usted misma me dice que no quiere saber nada más de Jaime, permítame que yo le diga algo que desde hace tiempo he querido decirle.

Odette comprendió cuál era la intención del joven. Sentía tenerlo que desengañar, y tal vez perder su amistad, por lo que se apresuró a decirle:

—No me diga nada, Maximino... Cállese, se lo suplico...

—Está bien, Odette — respondió con resignada sumisión— haré cuanto usted quiera.

—Entonces, le ruego que me deje ahora. Necesito acostarme... Descansar.

Maximino tuvo miedo. Odette se hallaba en un estado tal de nerviosismo, que el muchacho, temiendo que pudiera cometer cualquier tontería, le dijo:

—No, no quiero que se quede sola... Yo daré media vuelta y usted se podrá desnudar y meterse en cama.

Ella le miró con cierta duda y Maximino se apresuró a decirle:

—Puede usted tener confianza en mí, Odette... Si usted quisiera todavía podíamos ser felices los dos...

Pero Odette comprendía que era imposible lo que quería Maximino. Reconocía que era un hombre digno de cualquier mujer, lo estimaba en lo mucho que valía, pero su corazón no sentía hacia él esa inclinación propia del amor. Para ella era un amigo de verdad, un amigo con el cual jamás habría tenido ningún secreto, un amigo en quien se habría confiado en sus penas y alegrías y le dolía que Maximino no sintiera por ella un sentimiento igual al suyo.

Aceptó el que el joven se volviera de espaldas para poderse meter en la cama y cuando estuvo dentro, antes de que él pudiera de nuevo suscitar la conversación sobre la pasión que sentía por ella, Odette fingió quedarse dormida, y librarse de aquella forma de la presencia de Maximino.

CUARTA PARTE

A medida que pasaba el tiempo, la situación entre Odette y Jaime iba haciéndose más tirante. Después de la escena del café, los dos jóvenes apenas si volvieron a hablarse. Odette sentía en lo más íntimo de su corazón el dolor que le causaba la indiferencia que Jaime le fingía y, por otra parte, la proximidad de su maternidad la llevaban a un estado de desespero, del que se dió cuenta Teresa.

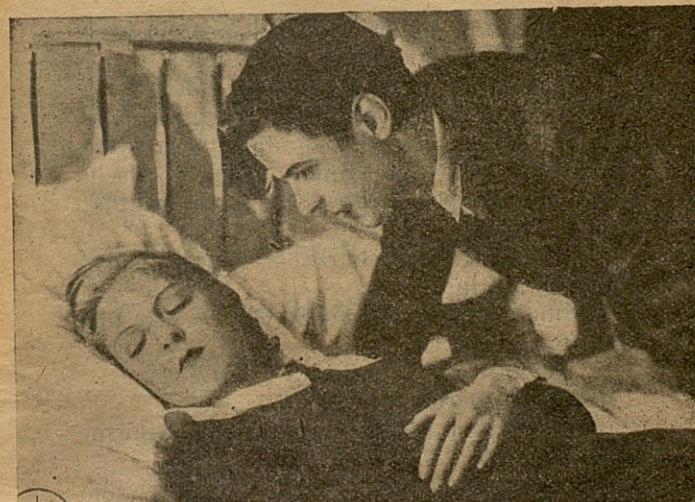
Desde entonces no dejó un solo día de espiarla, hasta que una tarde se la encontró recostada sobre la barandilla de su balcón. Teresa creyó adivinar un funesto deseo de la joven y corrió a detenerla, diciéndole:

— ¿Qué iba usted a hacer?

Odette, al verse sorprendida, intentó sonreir y le respondió:

— Nada, Teresa... Miraba únicamente hacia abajo... ¿Qué creía usted?

— Nada — exclamó Teresa —, pero con las



...Odette fingió quedarse dormida.

mujeres que se encuentran en su caso, no sabe una nunca lo que puede pasar.

Y lo que pasó fué que Odette, sin poder seguir por más tiempo en una casa bajo cuyo mismo techo se cobijaba el hombre que amaba y quien la había abandonado, decidió marcharse, para vivir tan solamente para aquel hijo que había de llegar.

Cuando Maximino se enteró por Teresa de

que Odette se había marchado, corrió a comunicárselo a su amigo diciéndole:

—¿Ves lo que has hecho con Odette?

Jaime le miró sobresaltado. Interiormente amaba a la joven, aun cuando quería sobreponerse a aquel sentimiento para no declararse vencido por lo que él había ridiculizado tantas veces.

—¡No está en su cuarto! — siguió diciéndole Maximino.

Jaime corrió al cuarto de Odette y le preguntó a Teresa:

—¿Dónde está la señorita Odette?

—Se ha marchado.

—¿Y la ha dejado usted ir sin decirme a mí nada?

—Ella misma me lo pidió... Va a ser madre y no quiere darle a usted el disgusto ese...

Jaime quedó asombrado ante las palabras de la criada. Lo que menos podía él esperar era aquello. Todo el amor que siempre tuvo por Odette se hizo más fuerte en él y le preguntó precipitadamente a la muchacha:

—¿Y dónde ha ido?

—Hacia el boulevard de St. Michel. Si se da usted prisa tal vez la encuentre... Quiere irse de París.

—Vamos — exclamó Maximino —. No hay tiempo que perder si queremos cogerla...

Se lanzaron por la escalera y en la puerta

cogieron un coche que los llevó hasta el boulevard. Efectivamente, Odette, todavía no había tenido tiempo de entrar a la estación, y Jaime y Maximino comenzaron a gritar:

—¡Odette!... ¡Odette!

La muchacha se volvió rápidamente y, al ver a su novio, se detuvo.

Jaime, sin decirle palabra la cogió en sus brazos y, acariciándola amorosamente, le preguntó:

—Odette... ¿Me perdonas?... Yo no sabía que...

—¿Y sabes...?

—Sí, lo sé todo. Me lo ha dicho Teresa y por eso he corrido a buscarte... Vente otra vez conmigo... Nos casaremos y no tendrás que reprocharme nada más...

—¿No te contraría...? — preguntó temerosamente la joven, sintiendo la alegría más grande de su vida al ver la satisfacción de su novio.

—Estás loca? — exclamó éste —. Todo lo contrario... Le llamaremos Jaime, como su padre. Ahora ya se acabaron las locuras, desde hoy me convierto en un hombre serio. Vamos a decírselo a Maximino.

Este, que se había quedado a algunos pasos de los dos enamorados, al ver que se abrazaban, se alejó tristemente de allí, aunque en su interior sentía la satisfacción de los seres nobles, que se alegran por el bien ajeno.

Comprendía que el amor de aquella mujer no podía ser más que de Jaime y los dejó solos para que pudieran disfrutar de la dicha de su amor, mientras que él ocultaría en su corazón el recuerdo de aquella pasión única en su vida.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS
HA PUESTO A LA VENTA
NACIDA PARA PECAR
LADY LOU

Protagonista

MAE WEST

Precio: UNA peseta.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"-Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

BIBLIOTECA ÚTIL

AUMENTE SUS ENCANTOS CON EL

Arte de embellecer

por la doctora

Inés Cotoros (Fanny)

del

Instituto de Belleza de París

MASAJE - HIGIENE
BAÑOS - DEPILACIÓN
MANICURA - AFEITES
TINTES

UNA peseta temo

Señorita!!

¿Quiere usted perfeccionarse en la difícil tarea de

El arte culinario

No deje de pedir este tratado antes de que se agote.

Contiene más de 200 fórmulas de platos suculentos y escogidos

PONCHES - COCTELES
POSTRES - HELADOS, etc.

recopilación de

Precio popular Dionisio Fernández Vidales
UNA peseta "chef" del Majestic Hotel

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apar. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis